

El esoterismo en la vida y obras de Christopher Marlowe

Escribe: ARTURO LAGUADO

Una vida breve, trágica, apasionada: tal fue el hermoso destino de Christopher Marlowe. Este gran poeta era un hombre turbulento en el cual las grandes cualidades no pudieron contrarrestar sus enormes defectos. Su figura aparece como la antítesis de las virtudes burguesas y si es cierto que en su época fue acusado —o sospechado— de haber cometido los mayores crímenes, incluso el de herejía, considerado entonces como el peor de todos, hoy los historiadores pacatos siguen mirando de reojo su extravagante humanidad. Lo resguarda su genio, la grandeza de sus obras. Y el mismo desdén con el cual desafió los preceptos y peligros de su tiempo.

Este hijo del zapatero John Marlowe, fue bautizado en la iglesia de San Jorge, Canterbury, el 26 de febrero de 1564, dos meses antes del bautizo de William Shakespeare en Stratford. El paralelo entre la vida, bastante disímil de estos dos genios, y el estudio comparado de sus obras, ha sido hecho con frecuencia; digamos no obstante que los sesenta días que van de un bautismo a otro son suficientes para hacer de Marlowe el maestro y de Shakespeare el más brillante de los discípulos. Muere Marlowe en 1593. Shakespeare empieza a escribir poco antes de esta fecha y las obras más importantes del primero ya habían llegado a la escena cuando Shakespeare abandonaba su ciudad natal para ser mozo de caballerizas o hacer bajos menesteres en los teatros londinenses. Marlowe termina la primera y la segunda parte de Tamerlán en 1587, y antes de finalizar ese año logra su grado en la universidad. Cuenta entonces 23 años de edad; seis años después es asesinado. Cierto, los dos destinos difieren diametralmente, y también los rasgos de sus caracteres, que se han creído precisar, son opuestos... Porque si admitimos que Shakespeare fue un hombre pacífico y amable, Marlowe al contrario, era impenitente y belicoso. Por otro lado, es en los archivos de la Policía Real donde se pueden hallar, en abundancia, los mejores datos sobre la vida del poeta. En 1589, Marlowe es encarcelado a causa de una riña callejera en la cual un hombre halla la muerte. Tres años después es acusado por haber atacado a dos condestables en Hollywell Street. En 1592 aparece en el sitio impuesto a la ciudad de Ruan por las tropas de su majestad británica en auxilio de los protestantes ingleses en lucha contra los ejércitos del rey

de Francia. Un año después, cuando uno de sus amigos, otro dramaturgo de fama, John Kyd, es interrogado bajo tortura sobre la procedencia de "ciertos papeles heréticos" encontrados en su habitación, en los cuales se negaba la divinidad de Cristo, Kyd declara que esos documentos provienen de Marlowe, "de ese corazón cruel e intemperante", como escribiría después de la muerte de su antiguo amigo.

He aquí las fechas capitales de la vida de Marlowe. La última sobre todo —el año de su proceso, y las curiosas circunstancias que lo rodearon— ha retenido la atención de los historiadores. Evidentemente el poeta recobró su libertad al poco tiempo, pero dos semanas después moría apuñalado en una coyuntura confusa, ante una mesa todavía repleta de los restos de una suculenta comilona. Pero la misma facilidad con la cual Marlowe escapó a sus jueces, a pesar de los cargos que pesaban contra él —acaso los más graves, de acuerdo con las tremendas penas que aparajeban, y la imposibilidad de defenderse de ellos con pruebas y razones— es otro hecho sorprendente. Tal vez poderosas influencias de la corte actuaron en favor suyo. Marlowe, y seguramente Shakespeare, pertenecieron al círculo de sir Walter Raleigh, del cual formaban parte varios de los espíritus más esclarecidos de la Inglaterra renacentista. Además, es indudable que en varias oportunidades difíciles de su vida, a donde lo condujo su borrascoso temperamento, Marlowe siempre encontró una ayuda superior que le permitió salir del mal paso. ¿Hasta dónde son fundadas las sopechas que existen sobre el esoterismo de sir Walter Raleigh y del círculo de algunos de sus más próximos amigos? Y en especial, en lo que a Marlowe respecta, ¿hasta dónde llegaron sus aficiones por las ciencias ocultas, la alquimia o la brujería? Una de sus piezas más conocidas, *La trágica historia del doctor Fausto*, revela un amplio conocimiento de estos temas. ¿De dónde extrae sus fuerzas sobrehumanas su *Tamerlán*, el hombre que llega a dominar el universo, sino de su extraña y humilde condición, la misma de aquellos pastores que saben leer los mensajes secretos de los astros, los cuales determinan la vida de los hombres? Por otra parte Marlowe había abandonado en una etapa muy avanzada sus estudios sacerdotales, y esto lo habría capacitado para actuar en determinadas ceremonias de magia negra. Pero en este punto, debemos conformarnos con simples suposiciones y aceptar prudentemente los dos epítetos con que suelen calificarlo algunos cronistas de su tiempo, cuando afirman que Marlowe era escéptico en cuestiones de religión y, en política, republicano; que para colmo de males era un asiduo lector de Maquiavelo, de ese italiano que fue durante siglos la sombra fatídica de honestos gobernantes y educadores. En todo caso los papeles heréticos encontrados en poder de Kyd y cuya propiedad este adjudicó a su amigo Marlowe, no solo negaban la divinidad de Cristo, algunos de ellos se referían a ciertas prácticas vedadas. Y es difícil suponer que Marlowe, dada su forma de vida, hubiera permanecido ajeno a ellas.

Los personajes de Marlowe corresponden a la vida apasionada y violenta del autor. Se ha dicho que la creación de *Tamerlán* es la apoteosis del hombre sobre la tierra. Para este personaje la vida solo tiene un objetivo: el poder. Todos los héroes de Marlowe: *Tamerlán*, *Fausto*, *Barrabás*, queman sus vidas en el logro de sus ambiciones. Ningún reposo se consienten, ninguna debilidad que pueda desviarlos de su meta. Pero necesitan ser un poco dioses, como *Tamerlán*, o un poco diablos como

Barrabás, o pedir en préstamo a Dios o a los infiernos, algo de sus poderes sobrenaturales, como Fausto. Su lucha, entonces, nos convence; y en oportunidades llega a parecernos justa. Tamerlán es el célebre conquistador de la Edad Media, el escita que llega a la cumbre del poder y convierte a los reyes en esclavos. Su voluntad, su inteligencia, se lo permiten. El éxito de su misión está señalado desde lo alto y esto hace posible sus alucinantes proezas. Este hombre primitivo, cruel como una bestia salvaje, tiene a veces destellos de ternura y de nobles sentimientos. Es un gigante. Todo en él es grande, su elocuencia, sus astucias, su perversidad; el concepto de su propia grandeza. Nunca antes el teatro europeo había producido héroes de tales dimensiones; nunca antes había sido tan fácil convencerse de que el poder del hombre llega a igualar el poder de los dioses. Para conocer a este hombre, para calcular los límites de su poder nos basta con oírlo hablar ya que, hasta cierto punto, el poder de Tamerlán no solo se afianza en los brazos de sus guerreros y en las patas de sus caballos: la simple magia de sus palabras puede decidir una victoria.

En la escena II del primer acto, Tamerlán se presenta de cuerpo entero (1).

Theridamas—¿Dónde está Tamerlán el escita?

Tamerlán—Yo soy Tamerlán, a quien buscáis.

Theridamas—¡Tamerlán! ¡Un pastor escita embellecido con todos los dones de la naturaleza y adornado con las más ricas armas y vestidos! Sus miradas amenazan al cielo y desafían a los dioses, sus fieros ojos están fijos sobre la tierra, como si ahora proyectara alguna estratagema, o intentara penetrar las oscuras bóvedas del averno para sacar de allí a Cancerbero.

Tamerlán—En vos, valiente hombre de Persia, veo el desatino de vuestro emperador. Solo sois capitán de mil guerreros a caballo, y por los signos grabados en vuestro rostro, y por vuestro aire marcial y aspecto resuelto, mereceríais tener a vuestro mando todo un ejército. Renegad de vuestro rey y uníos a mí, y triunfaremos en el mundo entero. Yo tengo el destino firmemente sujeto con cadenas de hierro, y con mi mano hago girar la rueda de la fortuna. Y antes caerá el sol de su órbita que Tamerlán sea muerto o derrotado. Desenvainad vuestra espada, vos, potente hombre de armas, solo proponiéndoo rozar mi piel, y Júpiter mismo estirará su brazo desde el cielo para detener el golpe y ponerme a salvo de todo mal. Mirad cómo él hace llover el oro como si quisiera darlo en pago a mis soldados, y como un argumento seguro e inapelable de que seré el monarca del Oriente, me envía a la rica y hermosa hija de Soldán, para que sea mi reina y augusta emperatriz. Si vos estuviérais conmigo, valiente guerrero, para conducir vuestros mil hombres bajo mi guía, además de compartir el botín que ganaremos en Egipto, esos mil caballos sudarían bajo el peso de los despojos de reinos conquistados y de ciudades saqueadas. Los dos marcharemos sobre los altos acantilados, y los mercaderes cristianos, que con los remos aran profundos surcos en el mar Caspio, nos reconocerán como a sus señores. Los dos reinaremos

(1) Escena II, Acto I de Tamerlán el grande, de Christopher Marlowe.

como cónsules de la tierra, y poderosos reyes serán nuestros senadores. Júpiter, a veces, se disfraza con las vestiduras de un pastor, y por esos peldaños, por los cuales él ha escalado los cielos, podremos llegar a ser inmortales como los dioses. Unios a mí ahora, en este humilde estado (lo llamo humilde porque siendo aún oscuro, las naciones más remotas no me admiran todavía) y cuando mi nombre y mi honor serán predicados tan lejos como Boreas bate sus alas de latón, o el claro Bootes envía su alegre luz, entonces podreis competir conmigo y sentaros con Tamerlán en toda su majestad.

Theridamas—Ni Hermes, mediador de los dioses, usaría persuasiones más conmovedoras.

Tamerlán—Ni vos encontraríais más verdaderos los oráculos de Apolo que mis jactancias.

Theridamas—¿Qué poderosa fascinación vuelve a mi espíritu dócil a tus palabras? ¿Pero sería yo, noble escita, un traidor a mi rey?

Tamerlán—No, seríais el fiel amigo de Tamerlán.

Theridamas—Vencido por vuestras palabras y conquistado por vuestras miradas, rindo mi persona, mis hombres, mis caballos a vos, para compartir lo bueno y lo malo, tanto como viva Theridamas.

Tamerlán—Theridamas, mi amigo, os tiendo mi mano, y es como si jurara por el cielo, y llamara a los dioses por testigos. Así, de este modo, mi corazón seguirá aunado con el vuestro, hasta que nuestros cuerpos retornen a los elementos, y nuestras almas ambicionen los tronos celestiales. Techelles, Casana, dadle la bienvenida.

Este es Tamerlán, el hombre que ha de morir al frente de 200.000 guerreros cuando trate de extender su imperio a todo el Oriente, que hace quemar una ciudad entera en honor a los funerales de su esposa, que da muerte a su hijo porque no siente atracción por la guerra, que levanta pirámides con miles y miles de cráneos humanos, que hace quemar el Corán y desafía a Mahoma para que baje a vengar su obra, que se burla de todos los ruegos y se inclina ante una súplica de su esposa; este es el personaje que debía seducir a Marlowe por su grandeza bárbara. Otro tanto ha de ocurrir con el doctor Fausto.

De Tamerlán a Fausto hay una gran distancia, desde un punto de vista teatral. En **La trágica historia del doctor Fausto** el autor cambia su tono retórico por otro más dúctil y sutil. Ya no es el esplendor de las tiendas blancas o rojas de Tamerlán, sus estandartes negros que anuncian el exterminio, sus terribles crueldades, o su inquebrantable voluntad, el principal punto de atracción. Las escenas capitales de **Fausto** se desarrollan dentro de una habitación, pero alrededor de este recinto está la eternidad y el movimiento continuo de las esferas celestes. El argumento está basado en la popular leyenda de un nigromante que vende su alma al diablo por veinticuatro años de vida que le permitan gozar del poder absoluto de las ciencias.

He aquí al nigromante en acción (escena tercera del primer acto) preparando la llegada de Mefistófeles:

Fausto—Ahora que la melancólica sombra de la tierra desea ansiosa contemplar la brumosa mirada de Orión levantarse desde el mundo antártico hasta el cielo, y oscurece el firmamento con su negro hálito, comienza tus encantamientos, Fausto, y prueba si los demonios quieren obedecer tu orden, viendo tus oraciones y los sacrificios que les ofreces.

(Fausto comienza a trazar un círculo mágico en el suelo, con su varita).

Fausto—Dentro de este círculo está el nombre de Jehová, anagramado hacia atrás y hacia adelante; los nombres abreviados de los santos; las figuras de las estrellas del cielo y los caracteres y signos de las estrellas errantes, por los cuales los espíritus están obligados a presentarse. Luego, no temas, Fausto, y mantente firme e intenta la máxima proeza de la magia.

“¡Sint mihi Dei Acherontis propitii! ¡Valeat numen triplex Jehovae! ¡Ignia, aeris, aquae, terrae spiritus, salvate! Orientis princeps Belzebub, inferni ardentis monarcha, et Demogorgon, propitiamus vos, ut appareat et surgat Mephistophilis. ¿Quid tu moraris? ¡Per Jehovam, Gehenam, et consecratam aquam nunc spargo, signumque crucis quod nunc facio, et per vota nostra, ipse nunc surgat nobis dicatus Mephistophilis!”

“¡Quieran los dioses del Aqueronte serme propicios! ¡Pueda la triple deidad de Jehová reinar! ¡Salve, espíritus del fuego, del aire, del agua y de la tierra! Belcebú, príncipe de Oriente, monarca del infierno ardiente, y Demogorgón, os propiciamos para que Mefistófeles pueda aparecer y ofrecerse. ¿Por qué demorais? ¡Por Jehová, Gehena, y el agua consagrada que ahora vierto; y por el signo de la cruz que ahora hago, y por nuestras plegarias, pueda Mefistófeles, a quien hemos convocado, al instante aparecer!”.

(Ruido de truenos que anuncian la aparición de Mefistófeles).

Se trata, es verdad, de una escena concebida con toda seriedad, dentro de los más estrictos cánones de la magia negra vigente en la época. Es aproximadamente media noche, hora que, como el alba y el crepúsculo en ciertas fechas cruciales de la luna, es propicia para encantamientos y conjuros. “La hora en que la actividad profana ha cesado”. Fausto traza alrededor suyo el círculo mágico que debe aislarlo, para crear su propio territorio, el cual será al mismo tiempo como una campana invisible que lo defenderá contra las fuerzas ocultas y hostiles a sus propósitos. Fausto sostiene en la mano como emblema de su poder la varita mágica que le sirviera para trazar el círculo. Y luego, en la invocación, el mago emplea el consabido lenguaje ininteligible para el profano. “La magia habló sánscrito en la India de los prácritos; egipcio y hebreo en el mundo griego; griego en el latino y latín en el nuestro”. Marlowe cuida devotamente la observancia de todos los detalles ya que, el más mínimo olvido de las formas puede ser la causa de una catástrofe u ocasionar el total fracaso del conjuro. Nos hallamos, pues, en plena magia demoníaca, en abierta oposición a la magia teúrgica o geótica.

En la pieza, el éxito del conjuro es total. El doctor Fausto logra celebrar el pacto que sedujo a los más grandes aventureros de esa confusa época que fue el Renacimiento europeo. Christopher Marlowe, seguramen-

te, no hubiera desdeñado el suplantar físicamente a su personaje para obtener sus propias experiencias, tal como las relata en la escena III del acto V. Aquí ya no se trata del conquistador que triunfa gracias a sus propios poderes, sino del hombre vencido por el transcurso del tiempo, por la fuga silenciosa de esos años (cuyo número Marlowe fija caprichosamente en veinticuatro) definitivos. Marlowe traslada a su personaje sus propias dudas metafísicas. En la pieza, el doctor Fausto es engañado por Mefistófeles: es poco lo que recibe a cambio de lo mucho que da. Y si al final Fausto llega a la condenación definitiva es a causa de su rebeldía, de su orgullo intelectual. Fausto es el hombre solo, enfrentado a sus problemas íntimos, el hombre vacilante al fin, a pesar de todo el poder de su razón.

Seducido por la grandeza de ese instante, en el cual su personaje se halla en los umbrales de la eternidad, el poeta da a su genio el impulso que le permite llegar a su mayor altura. No sin razón esta escena ha sido considerada como una de las más grandiosas del drama renacentista (1).

(El reloj da once campanadas).

Fausto—¡Oh, Fausto, no tienes sino una hora de vida y después estarás condenado por toda la eternidad! ¡Deteneos, esferas celestes siempre en movimiento, para que el tiempo cese y la medianoche no llegue jamás! Los astros continúan su marcha, el tiempo corre, el reloj dará la hora, el diablo vendrá y Fausto será condenado. ¡Oh, quiero subir hasta el cielo! ¿Qué mano me empuja hacia abajo? ¡Mirad! La sangre de Cristo fluye en el firmamento; una gota de esa sangre podría salvarme. ¡Oh, Jesucristo...! No me desgarras el pecho por haber nombrado a Cristo. Quiero llamarlo otra vez aún. ¡Oh, no me pierdas, Lucifer! ¿Dónde está ahora? ¡Se ha ido! ¿Veis el brazo amenazador de Dios y su ceño iracundo? Montañas y colinas, venid, venid, caed sobre mí, ocultadme lejos de la dura cólera del cielo. ¡No! Quiero hundirme, entonces, en la tierra. ¡Tierra, ábrete! ¡Oh, ella no quiere cobijarme! Vosotras, estrellas que habeis presidido mi nacimiento, que me habeis asignado por destino la muerte y el infierno, atraed a Fausto hacia vosotras, como un vapor ligero, hasta las entrañas de la nube que se forma allá, a los lejos, para que al vomitarme en el aire, mis miembros puedan caer de vuestra boca humeante, pero que pueda mi alma subir, elevarse hasta el cielo.

(El reloj da una campanada).

Fausto—¡Ya ha pasado media hora! Y pronto la hora habrá terminado. Si mi alma debe sufrir por mi pecado, poned algún límite a mi pena incesante. ¡Que Fausto viva en el infierno mil, cien mil años, pero que, al fin, sea salvado! Ningún término es concedido a las almas condenadas. ¿Por qué, Fausto, no eres una criatura sin alma? ¿O por qué el alma que tienes es inmortal? ¡Oh, Pitágoras, si fuera cierta tu metempsicosis, mi alma volaría lejos de mí, y yo me transformaría en algún animal salvaje! Todas las bestias son dichosas, pues cuando mueren sus almas se disuelven en seguida en los elementos. Pero la mía debe vivir aún para ser tortu-

(1) Escena II, acto V de *La trágica historia del doctor Fausto*, de Christopher Marlowe.

rada en el infierno. ¡Malditos sean los padres que me engendraron! No, Fausto, maldícete a tí mismo; maldice a Lucifer, que te ha privado de los goces del cielo.

(El reloj da la media noche).

¡La hora ha llegado, la hora ha llegado! ¡Desvanécete, cuerpo mío, desvanécete en el aire, o el demonio te llevará rápidamente al infierno! ¡Oh, alma mía, conviértete en pequeñas gotas de agua y cae en el océano para que no te encuentre jamás!

(Truenos).

¡Oh, cielo, piedad, no me lances tan terribles miradas! Culebras y serpientes, dejadme respirar un poco. ¡Infierno odioso, no te abras! ¡No vengas, Lucifer! ¡Quemaré mis libros! ¡Oh, Mefistófeles!

(Ruido de tempestad).

Ciertamente es difícil llegar más lejos dentro del patetismo renacentista. El mismo Webster no logrará igualarlo. La figura alucinada del doctor Fausto la encontraremos con cien caras distintas, maquillada, o desfigurada, por otros tantos dramaturgos de la época, ya que la puesta en escena de ciertos fenómenos de carácter sobrenatural es durante el Renacimiento un alimento cotidiano. Una gran masa del público, que abarca las diversas clases sociales, se nutre de ella. En cierto sentido los fenómenos extraños forman parte de la vida diaria y determinan, de acuerdo con las creencias en boga, abiertamente combatidas por la Iglesia, el destino de los hombres. Los más grandes escritores —William Shakespeare, entre otros— les acuerdan una importancia capital en muchas de sus obras. Se ha dicho que los autores seguían el gusto del público pero, en realidad, solo se dejaban guiar por su propia inspiración y por el impulso de las preocupaciones comunes, de los conflictos que señalan la vida de esa sociedad. El mismo sir Walter Raleigh y su círculo, llega a hacerse sospechoso como adepto a ciertas prácticas esotéricas. Es muy probable además que entre Shakespeare y Marlowe haya existido, durante una temporada, una estrecha asociación. Pero entre todos fue Marlowe, acaso, quien siguiendo esta dirección, llevó la experiencia creadora a sus últimas consecuencias.

La vida privada de este extraordinario poeta, de este “epicuro, maquiavélico y ateo”, como diría de él Robert Green, otro de sus contemporáneos, de “este gran pensador y blasfemador”, como escribiría posteriormente Elliot, exhala cierto olor a azufre, de acuerdo con el pensar de las gentes piadosas: Marlowe fue perseguido criminalmente por ateo. Una prisión breve, un juicio breve... Marlowe recobró la libertad con la misma facilidad con que la había perdido. Tal rapidez y benevolencia dentro del sistema judicial del siglo XVI sorprende un poco y obliga a pensar en esa misteriosa protección venida de los altos poderes cortesanos de la cual hablamos. De todos modos sabemos que Marlowe era espía, o para decirlo en una forma menos despreciativa, agente secreto de la corona inglesa y que esta calidad ha debido favorecerlo ante los jueces de su majestad. En todo caso, su muerte estaba próxima: quince días después moriría asesinado, en la taberna de Deptford.

Las circunstancias oscuras de esta muerte han dado lugar a una serie de suposiciones: se le había visto el último día, en compañía de tres hombres de mala catadura, vagar por los alrededores de Greenwich. Su muerte ocurrió después de la cena, en una reyerta por la cancelación de la cuenta o por el amor de una bella tabernera. Dos causas justas para jugarse la vida, según Marlowe. Pero es más probable que el poeta fuera asesinado por los mismos agentes secretos de la Corona, bajo orden superior. En todo caso, en la indagatoria que rindió su matador, Imgran Frizer, quien curiosamente fue puesto en libertad sin mayores complicaciones, quedó consignado que en una riña que tuvo con Marlowe, este quiso herirlo con su daga y que él, Frizer, logró torcerle el brazo y hacerle clavar el arma en un ojo. Perteneciendo Marlowe a la policía política, parece lógico establecer una relación entre los curiosos detalles de su proceso y de su muerte subsiguiente a manos de los agentes oficiales. En esta forma la verdadera causa del asesinato de Marlowe habrían sido sus opiniones políticas o religiosas, las cuales se confundían en aquel tiempo. Su muerte, además, fue proclamada por los libelistas puritanos "como la manifiesta instancia del juicio de Dios sobre un hombre ateo y blasfemador".

Pero existe otra versión menos verídica, que se inserta en el campo un tanto mágico que envolvió una parte de la vida de Marlowe, la cual se arraigó en la imaginación popular y demuestra, si no la ingenuidad, al menos la resonancia del profundo afecto que el nombre del dramaturgo despertaba en la conciencia de esa masa, la cual seguiría exigiendo años después de su muerte la presentación de sus obras bajo la amenaza de destruir los teatros. Según esta última versión, Marlowe no fue muerto sino enviado a Francia, en donde después escribió todas las piezas atribuidas a Shakespeare. Sí, todo esto es asaz fantástico. Pero de esa vida turbulenta, de ese personaje gigantesco, de esa voz estentórea y genial del teatro renacentista inglés, queda para nosotros, sus beneficiarios, un conjunto de valiosas realidades. Marlowe fue el maestro más completo que tuvo William Shakespeare entre sus predecesores: dio al drama inglés su verdadera substancia y le entregó, además, su principal elemento, el verso libre, flexible y lleno de poder expresivo. Por otra parte, volcando sobre sus personajes todas sus pasiones, sus ambiciones, y los conflictos que determinaron su sonora y apresurada carrera a través de su época, terminó por romper las últimas trabas —provenientes de las rígidas formas del teatro clásico y de los vestigios de las representaciones medioevales— que sujetaban al drama renacentista inglés.